

TÍTULO: Vivir no es solo respirar

PSEUDÓNIMO: Chío

Hago el intento de abrir los ojos aunque no tengo fuerzas. Tampoco sé si realmente deseo hacerlo. ¿Qué mal sueño es este? A lo lejos, el cantar hermoso de los pájaros acaricia mis oídos, pero invaden mi cabeza de recuerdos que quisiera haber olvidado: imágenes de una infancia humilde en el seno de una familia que me trató de forma diferente solo por el hecho de ser mujer.

-¡Amelia, tráeme la comida! ¡Amelia, recoge la mesa! ¡No te acuestes sin fregar, Amelia! -Es la voz de mi padre, retumbado, llamándome de nuevo después de tantos años; infligiendo órdenes a una niña en edad de jugar y aprender. Pero fui obligada a dejar muy pronto los estudios, porque según mi progenitor lo único que debía dominar eran las labores domésticas que me preparasen para ser una sumisa ama de casa. Él embarró mis sueños, sin poder contar tampoco con el apoyo de mi madre. Así que no me quedó otro remedio que convierte en una soñadora que proyectaba viajes imposibles e imaginaba paisajes que seguramente no llegará a descubrir.

O quizá sí, con Víctor, el chico que trabajaba en la tienda donde solía hacer la compra. Fueron tantas las visitas que acabamos por hacernos amigos, y, casi sin darnos cuenta, de la amistad cruzamos el enamoramiento y de prono sentí el revoloteo de las mariposas dentro de mí, las manos sudándome y las palabras temblando con solo tenerlo cerca. Los días más felices de mi vida, mi cuento de hadas con labios que se buscan, risas frescas, mismos, halagos y ese sentir que solo existíamos él y yo.

-¡Amelia, entra en casa!

Es de nuevo la voz de mi padre, el látigo de mi padre, el lunes que me esperó con impaciencia para desbaratar mi inesperado cuento de hadas. Pensé que me reñiría por llegar algo tarde, pero se cara desencajada y la vena que le cruzaba la frente a punto de estallarle no eran signos de un simple enfado. Y menos aún lo era la rabia con la que me atenazó el brazo y me introdujo en casa para pedirme explicaciones por mi amistad con Víctor, cuyos padres le habían manifestado su desagrado porque su hijo estuviese viendo a una muchacha con sangre musulmana en las venas. Me quedé paralizada, destrozada, impotente. Corrí a mi habitación y empapé de tristes lagrimas la almohada, preguntándome por qué tendría que romper ese bonito amor. Me convertí en una cautiva en mi propia casa, y cuando mis carceleros me dejaron salir, Víctor ya sonreía a otra chica de piel más clara que la mía. Me odio

tanto...Me castigué tanto que dejé heridas en mi campo al frotarme de rabia con un estropajo para aclarar el color que me había alejado de quien ya no era mi amor y nunca lo sería.

-Amelia, ven y siéntate, hay algo que tienes que saber.

Mi padre, otra vez, el día en el que cumplí dieciocho años. Acabo de terminar las faenas de la casa y lo tengo enfrente, y me mira no como una persona que acaba de alcanzar su mayoría de edad, sino como a la niña cuya vida puede seguir dirigiendo.

Amelia, vamos a comprometernos con una familia de bien. Son musulmanes, como nosotros, y te tratarán como merece una mujercita como tú.

Las palabras no pudieron brotar de mi garganta rota, pero sí preguntaré con la mirada aquella decisión que condicionaría mi vida sin que yo hubiese intervenido en modo alguno.

Amelia, no hay más que hablar. Ese día te vestirás como manda la tradición y serás la mujer obediente que tu futuro marido espera que seas.

Pero no quería ser obediente ante nadie, y menos ante un desconocido a quien no había visto en mi vida. Y no quería vestirme como no había elegido ni aparentar una felicidad que no sentiría. Me golpeó por dentro un sentimiento oscuro, mezcla de dolor, ira, tristeza, pero nada puede hacer para cambiar aquel evento que llegó con sus dulces, sus flores, sus telas escogidas, sus invitados, sus aplausos, su música. Allí conocí a aquel muchacho pelo rizado, piel tostada como la mía y agradable conversación, pero por quien nada sentía, porque todo me hacía pasar en Víctor. Pero cómo escapar de aquello, de aquel enlace de conversación con alguien de mi misma religión y, además, de familia acaudalada. La boda no fue lo peor, sino aquella noche en la que fui forzada por alguien que ya me creía de su propiedad y que actuó sin respetar mis deseos y mis sentimientos. Lo que quizá para él fue un placer, para mí fue una tortura, y lo siguió siendo hasta convertirme en un trozo de carne a su capricho. Aprendí a aparentar corrección, a soportar infidelidades, llegadas a casa a deshoras, comportamientos prepotentes.

Quizá la luz de un hijo podría haber dulcificado aquella amargada existencia, pero no olvidaré nunca el día en que comuniqué a aquel señor mi embarazo tras una temporda de vómitos en secreto y retraso mensual. Donde tendrían que haber llovido besos arreciaron patadas, puñetazos, golpes, la ira incontenible de alguien que me dejó inconsciente. Abrí los ojos en el hospital con dolores por todo el cuerpo y una incómoda madeja de cables que salvaron mi vida. Lo primero que oí fue la voz de la doctora que me informó de la pérdida de aquella luz que se fundió antes de prender ante mis ojos. Afortunadamente, mi agresor fue detenido y yo pude escapar de aquel infierno y sacar fuerzas para

recuperarme, estudiar lo que no había podido estudiar, trabajar, conocer esos paisajes que una vez soñé despierta e ir acercándome a la mujer que quise ser. Ya no escucho la voz de mi padre ni la de nadie que intente malograr mi libertad.

Ahora, además de respirar, he aprendido a vivir.